

TARACO. «¡Habeis mandado romperme los dientes y quereis que conteste!

MÁXIMO. «¡Hombre maldito de los dioses! yo te curaré de tu locura. Traigan carbon encendido y pongan sus manos al fuego hasta que estén quemadas.

TARACO. «¿No mas que esto? vuestro fuego es poca cosa para el que no teme sino las llamas eternas.

MÁXIMO. «Considera tus manos abrasadas; ¿nada podrá hacerte razonable? Sacrifica.

TARACO. «¿No teneis mas tormentos? Empleadlos; antes los agotaréis que yo mi firmeza.

MÁXIMO. «Sea colgado por los piés, con la cabeza hácia el suelo, y enciendan debajo un fuego que dé mucho humo.

TARACO. «Vuestro fuego no ha podido hacerme sucumbir, y pretendéis intimidarme con humo.

MÁXIMO. «Derramad en sus narices vinagre mezclado con sal.

TARACO. «Vuestros verdugos os engañan; vuestro vinagre tiene muy poca fortaleza, y nada es tan desabrido como vuestra sal.

MÁXIMO. «Mezclad en ello mostaza, y frotadle la nariz.

TARACO. «Os advierto que vuestros verdugos os venden; en vez de mostaza me han dado miel.

MÁXIMO. «Basta por esta vez; inventaré nuevas torturas para haceros certe renunciar á tu locura.

TARACO. «Me hallaréis siempre pronto.

MÁXIMO. «Condúzcanlo á la cárcel, y que entre otro.»

El centurion Demetrio condujo á Probo, el cual en este nuevo interrogatorio contestó con la misma firmeza que en el primero. El bárbaro Máximo, vencido por la presencia de espíritu del santo Mártir, empleó la única lógica que conocen los tiranos, y mandó sucesivamente romperle las quijadas, abrasar la planta de sus piés, desgarrar sus espaldas y cubrirle la cabeza con carbones encendidos.

Antes de pasar por iguales pruebas, Andrónico tuvo que evitar el lazo que le tendiera el pérfido tirano, el cual le dijo luego de haber entrado en la sala: «Primeramente tus compañeros se negaban á obedecer, y ha sido preciso emplear los tormentos para vencer su tenacidad; por fin han cedido, y serán magníficamente recompensados por su sumision. Andrónico le contestó: «En vano preten-

deis engañarme; mis compañeros no han renunciado al culto del verdadero Dios, y aun cuando lo hubiesen hecho, jamás me haria yo culpable de semejante impiedad. El Dios que adoro me ha revestido con las armas de la fe; Jesucristo, mi Salvador, es mi fuerza, de modo que no temo ni vuestro poder, ni el de vuestros señores, ni el de vuestros dioses. Podeis hacer la prueba de cuanto os he dicho.» Máximo mandó atarle á unas estacas y destrozarle el cuerpo á latigazos; en seguida frotaron con sal las espaldas del santo Mártir, y á fin de que abriesen de nuevo las llagas que le habian sido hechas durante el primer interrogatorio, volviéronle para pegarle fuertemente en el vientre.

En aquel entonces tuvo lugar una nueva escena que causó al tirano un acceso de ira, imposible de describir, y á los espectadores una gran admiracion. Andrónico ofrecióse á todos los ojos perfectamente curado de las heridas que recibiera en su primer interrogatorio; al verlo, Máximo, dirigiéndose á los guardas de la cárcel, les dijo: «Traidores, ¿acaso no os prohibí expresamente el dejar entrar á nadie á ver á ese hombre ni á curar sus llagas?

PEGASO EL CARCELERO. «Por vuestra grandeza juro que nadie le ha visto, y que nadie ha curado sus heridas; encadenado como está, ha sido custodiado en uno de los calabozos mas retirados de la cárcel. Si dudais aun de mi fidelidad, tomad mi cabeza, pues consiento en perder la vida.

MÁXIMO. «Entonces, ¿cómo y por qué no se percibe ningun indicio de sus llagas?

PEGASO. «Lo ignoro.

ANDRÓNICO. «¡Ciegos! ¿acaso no sabeis que el médico que me ha curado es tan tierno como caritativo? Vosotros no le conoceis; no cura con polvos ni con yerbas, sino por medio de su palabra; está en el cielo y en todas partes.» Confundido el tirano, mandó que cargasen al Mártir con nuevas cadenas y que le condujesen á la cárcel.

El Gobernador partió de Mopsuesta para Anazarbe, otra ciudad de su gobierno, y tambien llevó consigo á los santos Mártires. Llegados á la nueva residencia, nuevo interrogatorio y nuevas torturas; el potro, los labios cortados, la piel del cráneo levantada y la cabeza cubierta de ascuas, hierros candentes clavados en los costados, los ojos pinchados hasta perder la vista, tales fueron las torturas experimentadas por los valerosos confesores de nuestra fe.

Viendo que todo era inútil, Máximo mandó buscar al pontífice Terencio, que tenía la inspección de los juegos y espectáculos públicos, para encargarle que tuviese los juegos preparados para el día siguiente. Como es de presumir, una innumerable muchedumbre llenó el anfiteatro, situado á una milla de la ciudad.

«Nos habíamos retirado á una montaña vecina, dicen los cristianos autores del resto de sus actas, mirando lo que sucedía y esperando con ansia y temor el fin de la jornada, y el resultado del combate de nuestros hermanos. Máximo mandó á sus guardias que fuesen en busca de los cristianos condenados á las fieras; mas como los tormentos que sufrían les habían reducido á tan triste estado que no podían sostenerse, fueron cargados en las espaldas de algunos faquines, y de este modo introducidos en el circo. Nosotros nos adelantamos cuanto nos fué posible, ocultándonos detrás de algunas piedras que allí había; la vista de nuestros hermanos en situación tan desgarradora nos hizo derramar muchas lágrimas, y no eran pocos los espectadores que también lloraban.

«Apenas aparecieron los Mártires reinó un gran silencio, interrumpido á poco rato por los murmullos del pueblo contra la barbarie del Gobernador; muchos espectadores abandonaron sus puestos con visibles muestras de disgusto, y volvieron á la ciudad. Irritado el Gobernador colocó soldados en todas las avenidas del anfiteatro para impedir que nadie saliese de él, y observar y denunciar á los que lo intentasen; acto continuo mandó soltar muchas fieras á la vez, mas todas se negaron á dar un paso mas luego de haber salido de sus jaulas, y ningun daño causaron á los santos Mártires. Furioso al presenciar semejante espectáculo, Máximo mandó dar cien palos á los guardianes de las fieras, como para castigarles de que los leones y los tigres fuesen menos crueles que él, amenazándoles con crucificarles si no soltaban al momento el animal que creyeran mas feroz y carnívoros. Poco despues apareció en el circo un oso de grande corpulencia, que en aquel mismo día había dado muerte á tres hombres; mas el terrible animal, acercándose con pausa al lugar en que se hallaban los Mártires, empezó á lamer los pies de Andrónico; llevado éste por el ansia con que esperaba la muerte, apoyó su cabeza sobre el oso, esforzándose en encolerizarle, pero el animal no se movió, y Máximo, fuera de sí, mandó dar muerte al oso á los pies de Andrónico.

«Temiendo Terencio por su persona, mandó soltar una leona furio-

«sa que le había regalado el sumo sacrificador de Antioquía; á su aparición, palidieron los espectadores, y sus rugidos llenaron de terror á los mas intrépidos; sin embargo, al estar cerca de los Mártires, que se hallaban tendidos en la arena, se echó á los pies de Taraco en actitud suplicante y los lamió. Furioso Máximo mandó que la provocasen; mas la leona, recobrando la fiereza que solo por los santos Mártires había olvidado, rugió de un modo espantoso, rompió la puerta del anfiteatro, y sembró entre el pueblo tan gran consternación, que no se oían mas que estos gritos: «Estamos perdidos; abran la jaula de la leona.» Para poner fin á la ejecución, tuvo el Gobernador que llamar á los confectores, los cuales dieron muerte á los santos Mártires. Llegada la noche, recogimos sus cuerpos y los trasladamos á una caverna abierta en la roca en el flanco de una montaña vecina; á ella se han retirado Marcion, Félix y Vero para pasar el resto de sus días, deseosos de que cubra su cuerpo el mismo sepulcro que encierra las santas reliquias.

«¡Alabado sea Dios ahora y siempre! Queridos hermanos nuestros, os suplicamos que acojáis con vuestra caridad ordinaria á los portadores de esta carta, los cuales merecen vuestras atenciones y estimación, pues son del número de los que trabajan á las órdenes de Jesucristo, á quien pertenecen la gloria y el poder, junto con el Padre y el Espíritu Santo, antes de los siglos, ahora y siempre, y en los siglos de los siglos. Amen¹.»

En todos los lugares que visita, ilumina el sol combates semejantes al que acabamos de describir; sigamos á ese astro en la carrera; pasemos de Oriente á Occidente, y allí terminaremos el bosquejo.

¹ Tales son en resumen las famosas actas que todos los críticos modernos reconocen por originales. Los mismos críticos han puesto en duda la autenticidad de las actas de otros muchos Mártires, porque les han parecido muy largas, ó llenas ya de muchos discursos, ya de tormentos demasiado extraordinarios, ya de excesivos milagros, ya de palabras muy duras respecto de los jueces. Ahora bien, las actas de nuestros tres Santos reúnen todos estos caracteres á la vez; son muy largas, contienen muchos discursos, muchos milagros, tormentos inauditos, y palabras muy duras para el Gobernador. Además, las fechas están equivocadas, y á pesar de eso nadie duda de su autenticidad; lo que manifiesta que las reglas imaginadas por los críticos, ó al menos las aplicaciones que de las mismas hacen, tienen mucho de arbitrario, y que ha de ser permitido poner sus fallos en tela de juicio. (Rohrbacher, *Historia universal*, etc., t. VI, página 89).

quejo de la décima persecucion general. Los dos nuevos campeones que formarán para nosotros la retaguardia del grande ejército de los Mártires, cuyos triunfos admiró el reinado de Diocleciano, son dos vírgenes que apenas contaban trece años, ambas de ilustre nacimiento, ambas herederas de una gran fortuna, ambas hermosas y puras como Ángeles, ambas demasiado débiles para sostener sus cadenas, y admirando á sus jueces y á sus verdugos con la grandeza de su valor; nadie dudará de que hablamos de Inés y de Eulalia.

Inés ilustró la grande ciudad de Roma, teatro de sus victorias; sus riquezas y su hermosura la hicieron solicitar en matrimonio por muchos jóvenes de las mas antiguas familias de Roma, y en particular por Procopio, hijo del gobernador de la ciudad. Este jóven le envió un rico presente, que Inés rechazó diciéndole hallarse prometida á otro esposo; contestacion que Procopio comunicó á su padre, rogándole que emplease la autoridad que le daba su empleo de gobernador para obtener el consentimiento de Inés. El gobernador mandó á Inés que compareciese á su presencia, y le preguntó por qué causa rechazaba la alianza con su hijo. «Porque estoy prometida á un esposo divino,» contestó la Santa; y si bien el gobernador no comprendió sus palabras, uno de sus oficiales le dijo que aquella jóven era cristiana, y que aquel esposo divino era el Dios de los cristianos.

Entonces el gobernador, cambiando de tono y de maneras, ordenó á la Santa abandonar sin pérdida de momento aquella secta impía, so pena de perder su fortuna y de sufrir los mas crueles tormentos; su intencion era asustarla, mas se engañó, pues Inés, á pesar de su tierna edad y de su delicado cuerpo, abrigaba un alma intrépida que solo suspiraba por el martirio. El gobernador mandó encender un gran fuego, y preparar los garfios de hierro, el potro y todos los instrumentos de tortura, sin que la vírgen manifestase la menor emocion á la vista de tan terrible aparato; decimos mal, léjos de atemorizarse, la vírgen reveló la alegría de que se hallaba poseida al aspecto de las torturas que le estaban preparadas. Arrastrada delante de los ídolos para obligarla á ofrecerles incienso, solo levantó la mano para hacer la señal de la cruz, y viendo el gobernador la inutilidad de todas sus medidas, amenazó á la Santa con enviarla á un lugar infame, donde aquella virginidad que tanto amaba seria expuesta á los insultos de una juventud libertina. «Jesu-

«cristo, contestó Inés, está demasiado celoso de la castidad de sus esposas para sufrir que sean despojadas de esta virtud; él es su «guardian y protector.»

El juez, dejándose llevar por su cólera, ejecutó su amenaza, y la Santa fué llevada á un lugar de prostitucion; mas un libertino que se atrevió á presentarse en la puerta fué herido de un rayo y perdió la vista; aterrorizados sus compañeros, le condujeron á la presencia de la Santa, la cual accediendo á sus súplicas le devolvió al momento la vista y la salud ¹.

Á pesar de que el juez no tenia necesidad de que le aguijoneasen, el principal acusador de Inés no dejaba de encender mas y mas su ira contra ella: resentido su amor propio al verse despreciado y desobedecido por una vírgen, la condenó á ser decapitada. Al acercarse el verdugo á su jóven víctima, se apoderó de él una viva emocion; su rostro palideció, y tembló su mano; de modo que la Santa, llena de alegría, tuvo que animarle, y despues de una corta oracion bajó la cabeza, así para adorar á Dios como para recibir el golpe que consumó su sacrificio. Los espectadores, viéndola tan jóven, cargada de cadenas y tan intrépida bajo la temblorosa mano del verdugo, se deshacian en llanto. Su cuerpo fué enterrado en las cercanías de Roma, en el camino de Nomento. Para obtener la virtud de la pureza se han invocado siempre con especialidad la Madre de Dios y santa Inés.

Mientras que Inés triunfaba del demonio en la misma capital de su imperio, Eulalia le cubria de confusion en España, donde se hacia á los cristianos una encarnizada guerra. El bárbaro Daciano, gobernador de la provincia, que acababa de hacer morir al diácono san Vicente en medio de inauditos tormentos, se hallaba entonces en Mérida, capital de la Lusitania. Eulalia, descendiente de una de las primeras familias de España, habia sido educada en la religion cristiana, y desde su infancia un carácter admirable por su dulzura, una rara modestia, una tierna piedad, y un gran amor á la virginidad, la habian hecho amar de Dios y de los hombres. Dotada de una alma grande, no gustaba de lo que generalmente halaga y pierde á las jóvenes, los adornos y los placeres. Solo contaba doce

¹ Este lugar que sirvió de cárcel á la Santa es en el día una capilla subterránea situada en la magnífica iglesia de Santa Inés, cerca de la plaza Navona, en Roma.

años cuando se publicaron los edictos de Diocleciano, y á pesar de su juventud los consideró como la señal del combate, tanto que inquieta su madre por el ardor que manifestaba por el martirio, la condujo á una quinta que poseian fuera de la ciudad.

Eulalia, impulsada por el espíritu de Dios, evadióse durante la noche, y despues de muchos trabajos, llegó á Mérida al asomar el dia; dirigese á palacio, atraviesa por entre los guardias del Gobernador, llega al pié de su tribunal, y sin palidecer se encuentra en medio de una innumerable multitud de hachas y de haces; echa en cara al orgulloso Daciano la impiedad de que se hacia culpable pretendiendo que fuese abjurada la única Religion verdadera. «Sin embargo, continúa la Santa, ya que buskais á los cristianos, yo soy cristiana.» Al oír tales palabras, Daciano mandó prenderla, si bien recurrió primeramente á las caricias y á la persuasion, representándole el daño que á sí misma se hacia, y el dolor que causaria á sus padres si persistia en su desobediencia.

Viendo la inutilidad de sus esfuerzos, apeló á las amenazas, mostróle los instrumentos de suplicio destinados á atormentarla, y le dijo que no sufriria tortura alguna si consentia en tomar solo con el extremo de sus dedos un poco de sal y de incienso; mas Eulalia, léjos de sucumbir, derribó el ídolo y pisó la torta preparada para el sacrificio; su santa audacia no tardó en recibir la recompensa; dos verdugos se apoderaron de ella y le desgarraron los costados con garfios de hierro; durante tan atroz tortura, Eulalia cuenta sus heridas y exclama con voz tranquila: «Señor, con el hierro y el acero graban vuestras victorias sobre mi cuerpo. ¡Cuánto me complazco en leerlas escritas con tales caracteres!»

En seguida le aplicaron antorchas encendidas sobre el pecho y los costados, sin que sus dolores le arrancasen ni una sola queja; finalmente el tirano, cuya crueldad no satisface el hierro, mandó encender muchas antorchas al rededor de Eulalia, no tardando ésta en verse rodeada de llamas, y éstas en prender en todo su cuerpo. La jóven Mártir, viéndo arder sus vestidos, se apresuró á desatar sus cabellos que un nudo sujetaba debajo de su velo, y que caen sobre sus espaldas cubriéndolas con infinitos rizos, en los cuales el arte no tenia parte alguna; esta precaucion tranquiliza un poco su pudor alarmado; sin embargo en breve las llamas prenden en los cabellos, pero en el mismo instante que iba á ser despojada de aquel último velo, la casta vírgen espira ahogada por el fuego y el hu-

mo. La nieve que cae en abundancia cubre su cuerpo, y el cielo que cuida de los funerales de sus vírgenes queridas dispone él mismo la pompa, haciendo reinar por todas partes el color de la pureza. Los cristianos enterraron á Eulalia cerca del lugar de su martirio, sobre el cual se edificó mas tarde una magnífica iglesia, siendo sus reliquias depositadas debajo del altar mayor.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber elegido á los mas débiles para vencer á los mas fuertes; dadme la pureza de santa Inés y de santa Eulalia.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, pensaré entre mis penas en los sufrimientos de los Mártires.